



ENRIQUE Y EL ALMA DE ENRIQUE

I

ENRIQUE se despertó de mal humor. Aunque cerró los ojos, dispuesto á recomenzar el sueño, no llegó á dormirse: el criado había descornado las cortinas y la tibia claridad de una mañana de invierno parecióle de luz deslumbradora, tan sólo porque disipara la obscuridad...

—¿Qué hora es, Ramón?

—Las ocho.

—¿Las ocho...?

—Sí, señor.

—¿Pero las ocho de qué...?

—De la mañana: ¿de qué han de ser...?

—¿Entonces he dormido muy poco...?

—El señor sabrá...

Y el criado encogióse de hombros.

—No son las ocho: lo menos son las once...

—No, señor.

—¡Te digo que sí, Ramón!

—Usted dirá lo que le parezca, pero ni son las once ni yo soy Ramón.

—¿Cómo que no...? ¿No eres tú Ramón, mi criado...?

—No, señor.

—¿Pues quién es usted...?

—Juan.

—¿Juan...? ¿Qué...?

—Juan Sanchiz, para servirle.

—¿Y está usted en la casa?

—Sí, señor.

—¿Por qué no ha entrado Ramón?

—¿Qué Ramón?

—¡Mi criado! ¿Estoy yo loco? ¿O soñando...?

—No sé cómo estará el señor, pero lo fijo es que yo soy Juan y que en la casa no hay ningún Ramón.

—¿Que no...?

—No, señor.

Enrique, de un brinco, sentóse en la cama. Tenía la conciencia de estar despierto, de no soñar, pero le parecía tan absurdo no acordarse del nombre de su criado y confundirle con aquel otro que, físicamente, no se le asemejaba en nada, que empezó á temer por su memoria y por su razón.

—Ya recuerdo de usted, Juan, ya recuerdo. Y estoy muy contento de los servicios de usted...

—Muchas gracias.

—En todo el tiempo que lleva usted á mi lado, que ya hace...

—Dos años.

—¿Dos años...? Sí, sí... justo. No tengo un motivo de queja... no... bueno... hágame usted el favor de decirle á la señorita que venga.

—¿A la señorita?

—Sí.

—¿A qué señorita...?

—A mi hermana, á Dionisia... ¿No la conoce usted...?

—El señor está de broma. El señor vive solo en esta casa, con una cocinera, la Antonia, y con un servidor... pero el señor es soltero y no tiene familia, que nosotros sepamos...

—¿No tengo familia...? ¿Y Dionisia, mi hermana...? ¿Y Juan Manuel, mi cuñado...?

—¿Esos que tienen los retratos en la sala...?

—¡Sí, esos!

—¡Vamos, el señorito quiere burlarse de mí...!

—¡Que no, te lo juro!

—¡Cómo he de creer que fueron hermanos de usted, don Enrique...!

—¡Fueron, no; son!

—¡Pero si esos retratos tienen más de un siglo, y esos pobres señores llevan bajo tierra sesenta ó setenta años...!

—Qué, ¿han muerto...?

—¡Vamos, señorito...! Pregúntele, si quiere á la Antonia...

Enrique ya no trataba de fingir su espanto ni de ocultarlo. Demudado el rostro, pálida la color, tembloroso el cuerpo y la sangre como detenida y agolpada en el corazón, lanzóse súbito á golpear, y no á tocar, el timbre, que á la presión violenta y desigual de los dedos púsose á sonar descompasado y frenético, como si á rebato llamase...

Una mujer cincuentona, gorda y coloradota, apareció en la puerta, inquieta y presurosa.

—¿Qué pasa...? ¿Está malo...?

Enrique se la quedó mirando.

—¿Quién eres...?

—¿Quién soy...? ¿Y aun tengo ahora que decirselo, después de lo que llevo en la casa...?

—¿Quién eres...?

—La Antonia; la cocinera.

—¿Y éste, quién es...?

—Juan, el criado. Dos años lleva, y yo cerca de tres...

—¿Y yo, quién soy...?

—El señorito Enrique, don Enrique del Alamo... ¡Qué preguntas más bobas hace...!

Pero Enrique no preguntó más. Los ojos vidriosos, el respirar fatigoso y el ánimo trastornado, dieron con él, inmóvil y desmayado, sobre la deshecha cama, en donde creyó descansar demasiado tiempo y volvía á caer demasiado pronto.

Que así hilvana la vida las cosas de nuestra vida y muchas veces nos sirve de sostén aquello mismo que estamos deseando dejar...

II

Como Dios les dió á entender, Antonia y Juan cuidaron de su desmayado señor hasta que la propia naturaleza reaccionó en él, volviéndole á la vida desde aquella muerte transitoria y fugaz.

Quedóse, pues, el buen señor don Enrique del Alamo, solo en su alcoba, con más tendencia á cavilar que á dormir.

Y como el dolor sabe que siempre ha de ser recibido, puede que sea esta la razón por la que vienen á nosotros más dolores que placeres. El Dolor dice: *¡Me aguardan! ¡Voy!* Y la Felicidad dice: *¡Me discutirán...! ¡Ya iré otro día...!*

Y un día por otro, se olvida muchos días de venir...

.....

Volviendo á nuestro don Enrique del Alamo, para coger el hilván de esta verídica y estupenda historia, fuerza es ya consignar que el atribulado caballero, solo en su cuarto y á solas consigo, dióse á pensar y á discurrir afanosamente, persiguiendo un rayo de lógica que iluminara aquel laberinto de sus ideas y le guiase por aquella confusión de sus desventuras, pero entre éstas y aquéllas, el enredo se prolongaba con notoria fatiga del magín y con visible cansancio de los nervios, que empezaban ya á rebelarse contra la tiranía de su dueño, viéndose obligados á permanecer inactivos y en forzada quietud mientras la imaginación galopaba desenfrenada. Y como ella, querían ellos galopar y brincar y elevarse de un vuelo por cima del mundo de los vivos y por el espacio de los espíritus inmortales...

Enrique temblaba, no de fiebre, ni siquiera de frío; no, temblaba de pavor; en el tejer y destejer continuo de sus razonamientos había una razón intranquilizadora que tornaba á buscarle, en medio de todos sus delirios, con el poder de una obsesión.

Lo que me ocurre—se decía á sí mismo—es de loco, pero la primera condición de los locos es no saber que lo son. Yo lo sé; luego yo no estoy loco. Y, á partir de aquí, se le enmarañaba el discurso. Si estoy cuerdo—insistía en repetirse—puesto que miro y veo las cosas y las personas tal como ellas son y no de modo distinto ó extravagante... ¿por qué me sorprende y me extraña que las personas sean quienes son y no sean otras...? Yo veo á Juan, conozco á Juan, sé que Juan es mi criado... ¿por qué me sorprende que sea Juan el que entra á servirme y no sea Ramón...? Y si Ramón no está en mi

casa... ¿por qué me causa tal efecto que no entre aquí, cuando lo natural, y yo reconozco que es lo natural, está en que no entre ni pueda entrar en mi cuarto...?

¿Y mis hermanos...? ¿Cómo pueden ser mis hermanos, si han muerto hace tantísimos años que imposibilitan la suposición de que seamos hijos de unos mismos padres...? Y si lo comprendo y si lo razono... ¿por qué sigo creyéndolo...?

Y como la lógica le enredaba más, dióse a penetrar en los terrenos de lo maravilloso por el camino de la fantasía, y allí Enrique se halló más perdido aún, más lejos de toda verdad y de toda explicación. Y acabó por donde debiera haber empezado, por creerse enfermo y por desear inmediatamente acudir á un médico.

Esta resolución le calmó. No cabía duda: era un desequilibrio, á consecuencia de excesos, que le atacara al cerebro y desvariaba; pero como tenía poca importancia y ninguna gravedad, por eso el desvarío duraba sólo unos minutos y volvía la razón. Seguramente, el doctor confirmaría esta hipótesis...

Deseoso de corroborar, con la opinión científica del médico, su propia opinión, echóse rápido del lecho, abrió las ventanas y empezó á vestirse. Siguiendo el monólogo, se inculpaba severamente por su existencia jaranera y agitada.

No era un viejo, pero había vivido muy aprisa. Desde hoy se enmendaba.

Y se juró á sí mismo, solemnemente, como pudiera hacerlo en una iglesia y ante un altar y sobre los Evangelios, la enmienda absoluta y la corrección más exagerada. Como el Cid, cuando la perfidia mancilló á sus hijas, juró por sus barbas blancas...

Gozoso, seguro de reponerse con aquel propósito de huir los devaneos y las bromas trasnochadoras y enervantes, terminó de lavarse, púsose la almidonada camisa y escogió, con coquetería de enfermo, una corbata que no desentonase, que más bien hiciera resaltar la palidez de su cara y las cárdenas ojeras...

Y ante el espejo, aprestóse para hacer un lazo impecable, simétrico, atildado...

Pero apenas se hubo acercado, á la primera mirada, cuando el espejo le devolvió su imagen, lanzó un grito aterrador y de aterrado. No de otro modo, y con mayor pavor, habríase detenido la sangre en sus venas si en el azogado cristal se reprodujera la demacrada efigie de la Gorgona, de la pálida Medusa, dueña y repartidora de tristezas y agonías...

Cuando oyeron el espantable grito de Enrique, acudieron presurosos para socorrerle sus dos fieles servidores, trayendo en sí mismos el temor á lo que ya conocían y el pánico á lo desconocido, que les aguardaba y les sería servido al franquear el dintel del cuarto de su amo.

Y en la puerta quedáronse confusos y atribulados viendo á Enrique desencajado, lívido, con la mirada fija en el espejo y con señal de evidente horror en el semblante.

Un punto repuestos de la incógnita zozobra que les asaltara y no percatándose de peligro visible, pero sí apercibidos para rechazar y defenderse del oculto enemigo que pudiera acecharles, avanzaron unos pasos.

—¿Qué ocurre, señorito...?—preguntó Antonia.

—¿Qué tiene, señor...?—apoyó Juan.

Enrique, sin moverse, sin tranquilizar el rostro ni aun con la presencia de amigos que le pro-

tegerían, y sin desviar los ojos de aquella atracción invencible que le sugestionaba, permaneció un instante absorto, y luego, por toda respuesta, alzó rígido y sin flexión alguna el brazo derecho, señalándoles, con marcada persistencia, el lugar del espanto y la causa de su terror.

Temerosos, lentos y sobrecogidos en la malla del misterio que iba á revelárseles, avanzaron Antonia y Juan.

Miraron; volvieron á mirar... y miraron de nuevo. Y en silencio miraron después á Enrique.

—¿No veis...?—les interrogó Enrique con ansia.

—Vemos, señorito...

—¿Qué veis...?

—A usted... y á nosotros.

—¿Pero, cómo...?

—Como siempre: igual que somos.

—¿Igual? ¿Me veis con mis barbas blancas...?

—¡Señorito...!

—¿No...?

—¡Claro que no...! Le vemos como es y como siempre ha sido, con la barba rubia y el pelo castaño...

—Pero, ¿á quien veis en el espejo...?—clamó Enrique, desesperado.

—A usted.

—¿Pero quién soy yo?

—Don Enrique del Alamo.

—No mires al espejo: mírame á mí. ¿Quién soy yo...?

—Don Enrique del Alamo.

—¿Con barbas blancas...?

—¡No! Con barba rubia; exactamente lo mismo que en el espejo.

—Y no puede ser de otra manera—le dijo ama-

blemente el criado—; que el señor no tiene más que treinta y un años...

—Bien conservados, que ni esos representa—añadió la cocinera, recordando que siempre adereza los platos.

—Y entonces mis barbas blancas... ¿qué se hicieron...?

—Vamos, señorito, tranquilícese...

—Don Enrique del Alamo, con barbas blancas, no es usted, señorito.

—¿Pues quién es?

—El abuelo de usted, el del retrato de la sala, el hermano de doña Dionisia y de don Juan Manuel...

—Pero yo, ¿quién soy...?

—El nieto. Otro don Enrique, joven, fuerte, sin canas ni arrugas...

—¡Me engañáis...!

—¿Y el espejo le engaña también á usted...? ¿No le dice que es usted joven...?

—¿Y por qué me siento viejo...?

—El señorito ha debido soñar é impresionarse demasiado.

Y para deshacer de un golpe el maleficio, Antonia abrió de par en par las ventanas, dejando que el sol y el aire entrasen á borbotones. Una vez la atmósfera del cuarto purificada y hecha la luz soberana señora del espacio en que estaban nuestros personajes, Antonia se acercó á Enrique, cogióle afectuosamente de la mano y, acercándolo al espejo, con esa voz de terciopelo que encuentran las mujeres cuando quieren acariciar con la voz, díjole cariñosa:

—Mírese ahora, don Enrique... ¿Cómo se ve...? ¿Joven...?

—Sí, joven.

—Pues así es, gracias á Dios.

Convencido, Enrique tuvo una sonrisa para su imagen juvenil; pero apenas comenzara á sonreírse, nubláronse los ojos y de ellos cayeron, abrasadas, dos lágrimas tembladoras...

Enrique se creía viejo y se encontró joven. Antes de entregarse á la alegría, hubo de afligirse por la vejez que le abandonaba. Era un amigo y se despedían...

Por eso lloraba Enrique.

III

Después de aguardar más de una hora á que llegase su turno, en una sala sombría, y rodeado de personas que parecían tranquilas é indiferentes, cuando no aburridas, pero adivinando en todas ellas un oculto malestar y tal vez una incurable lesión, Enrique levantóse presuroso al escuchar su nombre.

—Número once: señor Alamo...

Y llegó Enrique á la presencia del doctor.

Hablaron largamente.

Y después de la dilatada conferencia el doctor se levantó, dando por terminada la consulta.

—Una pregunta, doctor. Con sinceridad... ¿yo estoy loco...?

—No.

—¿Me lo jura...?

—Bueno...

Y con el pulso firme y la imaginación des preocupada, escribió:

—Número 117—*Enrique del Alamo—Paranoico.* Treinta y cinco años, buena constitución, buen color, sin que tenga síntomas anteriores, ni de-

lirios, ni fiebres. Cree que tiene dos almas: veremos si más adelante le encuentro una siquiere... *Incurable.*

En la calle, Enrique quedóse un momento indeciso, sin saber hacia dónde caminar. La tarde, espléndida y tibia y en calma, invitaba á disfrutarla, como amante engalanada.

Y fué por las rebosantes calles, á mirar y á ser visto.

IV

Aleccionado con aquella entrevista y temeroso de que su conducta en lo sucesivo pudiera atraerle bromas que le irritaran en demasía y tal vez ocasionarle graves contratiempos, propúsose medir sus palabras, no dejando traslucir jamás ninguna impresión, ocultándolas cuidadosamente, y si preciso fuera, iba decidido á dar crédito á cuanto le dijese aunque pugnara con la realidad de sus íntimas persuasiones. Era el sacrificio de su personalidad en aras de su reposo.

Aquella advertencia última, aquel *¡cuidado...!*, que repetidamente le exigió el doctor, para que no dieran en achacarle extravagancias y no pensarán en recluirle en un manicomio—porque los hombres están siempre prontos á tachar de locos á quienes no guardan el nivel medio de cordura que unos á otros nos hemos impuesto para vivir en sociedad y burguesamente nivelados—, sonaba en sus oídos como el mayor peligro y á toda costa había de evitarle.

El misterio de su alma, oprimida y esclavizada por la presencia de aquella otra alma que se

le imponía y á despecho suyo le dominaba, no saldría nunca de sus labios.

Y esta resolución, inquebrantablemente acordada, le fortificó el espíritu, con la doble fortaleza de saber lo ignorado y de poder ocultar lo que se sabe, que si es gran consuelo, aun para los más desconsolados, saber de fijo lo que antes nos espantaba como dudoso, todavía es mayor satisfacción la de figurarnos que nadie sospecha de qué modo se engarza el rosario de nuestras desdichas...

La gente, viéndole pasar risueño y alegre, le miraba con un poco de curiosidad.

—Ahí va un guillado...—decían unos.

—Ahí va un hombre contento...—decían otros.

—A ese le ha salido bien algo...—le dijo una chula á otra. Y la otra se apresuró á responder:

—¡Puede...! Pero quizá no le haya salido todavía...

Y un borracho, que estaba preguntándole á un guardia municipal por qué consentía el Ayuntamiento que se movieran las casas, al ver á Enrique tan ufano y gozoso, se encaró indignado con el celeste representante de la autoridad:

—¡Guardia!

—¿Qué...?

—¡¡Guardia!!

—¿Qué, hombre...?

—¿De qué la llevará ese tío...? ¡Para mí que es de coñac, porque estos señoritos se dan una vida que es una vergüenza!

.....
.....
Caminando rápido, por instinto seguía la dirección de su casa y llegó á ella. Subió, llamó, le abrieron y, al entrar, díjole el criado:

—Señorito, hace más de una hora que le aguarda el señor Ceballos.

—¿A mí...?

—En el despacho.

Apresuróse á recorrer la pequeña distancia. Sombrero en mano, y la otra mano tendida...

—¡Buen plantón, chico! Para otra vez, deja un recadito siquiera...

Enrique se detuvo indeciso. Entraba pronto á disculparse por la involuntaria tardanza, con el *usted dispense* casi en los labios; pero se quedó cortado al oír la forma cariñosa y de intimidad con que le recibían. *Por lo visto*, eran amigos íntimos...

Y recordando los consejos del doctor, guardó para sí la extrañeza, y aunque violentándose algo, se animó á tutearle también.

—Dispensa, pero...

—¿Se fué el Santo al cielo, eh...?

—No... es que...

—¿Y vienes pálido...? No me digas más. ¡Dispensado!

Enrique se alegró mucho de no tener que decirle más, entre otras razones, porque no tenía nada que decirle. Lo que es bien triste, tratándose de un amigo íntimo...

—Como te advertí anoche, á las cuatro estaba aquí. Supuse que algo imprevisto te obligara á salir, y mientras regresabas, empecé á pasar revista á los retratos...

En tanto que el intruso explicaba su presencia y las distracciones con que amenizó la espera, Enrique le contemplaba á hurtadillas, queriendo deducir por dónde ó de dónde vendría aquella intimidad entre ambos.

Sí, le recordaba, no era un desconocido, pero

juraría que no hubo jamás lazo de fraternidad... ¡Ya se explicaría y veríamos...!

Pero el señor Ceballos no demostraba prisa por las explicaciones. ¿A qué hora tengo yo prisa...? ¿á las siete...? Pues hasta las siete no tiene nada que hacer nadie...

Convencido Enrique de que no lograba encontrar la causa y origen de aquel afecto del señor Ceballos, lanzóse por el camino de las indirectas.

—¿De manera, que yo te dije que á las cuatro te esperaba...?

—Exactamente. Y en punto he venido.

—Dispensa...

—Entre nosotros, ¿vamos á andar con ceremonias...? Quitá, chico, quita.

—Me ofenderé si persistes en disculparte.

¡Ah...! di que me trigan un poco de soda.

—¿Con qué...?

—Como siempre.

—¿Como siempre...?

—Sí; es lo más breve,

—¿Quieres whisky ó coñac...?

—Como siempre. Llama al criado y no te ocupes más de eso.

Enrique obedeció. Vino el criado.

—Sírvale usted al señor Ceballos... como siempre.

Y Enrique no supo contener una mueca burlesca, descontentando ya la pregunta del criado... pero la mueca se le desdibujó, viendo que efectivamente, le servían sin necesidad de más aclaraciones.

El doble bok era un amigo, un comensal frecuente... No cabía duda.

—Y tú, ¿no tomas nada...?—le preguntó Ceballos.

—¿Yo...? como siempre.

Enrique contestó apresurado: ¡no fueran á notar en él vacilaciones...!

—No es preciso que te recomiende atención: de sobra has de considerar que se trata de algo grave, cuando pido una entrevista, pudiendo hablarte todos los días en el Casino.

—Grave, ya me lo figuro.

—Creo contar con tu amistad, no de hoy ni de ayer, sino de toda la vida, como tú con la mía.

—De toda la vida...—repitió Enrique, que se había constituido en eco.

El hombre gordo, arrellanado en una butaca, quedó un instante silencioso.

Súbito, agitó las manos, cogiendo en el aire fantásticos asideros; movió descompasadas las diminutas piernas; sopló varias veces con rechinar de fuelle, y al fin, en un desesperado esfuerzo, se le vió avanzar desde el fondo hasta el borde de la butaca, y en el borde quedarse satisfecho y sonriente.

Enrique, intranquilizado, creyendo que le ocurría algo grave, al persuadirse de que tantas fatigas se reducían á un cambio de postura, no pudo menos de reírse francamente.

—Perdona, eh...

—¿De qué...? ¿De que soy físicamente ridículo? Ya lo sé. Ríete cuanto quieras, que no serás el único.

Y Ceballos, con pacífica beatitud, aguardó á ver si Enrique se reía aun más. Pero Enrique ya reía.

El primer factor de lo risible y la primera condición de lo burlesco, es indudablemente la seriedad: en cuanto lo ridículo se burla de sí mismo, ya no le queda papel al burlador... ¡Por eso

hay tantos que se apresuran á reirse, anticipándose á la risa ajena...!

—Seguro, pues, de tu amistad—continuó Ceballos—he venido á pedirte un consejo leal.

—Habla...

—Como todo el mundo, estarás tú enterado de mis desdichas, y no voy á mortificarte con detalles enojosos. Es un drama, pero en cuanto interviene el primer actor, que soy yo, el drama rueda rampa abajo y se convierte en un sainete. Estoy decidido á salir de esta situación desagradable y violenta, como sea y costándome lo que me cueste... ¿comprendes...? estoy decidido incluso á la tragedia, á matar, á morir... ¡á todo...! y únicamente me detiene una congaja horrible, el miedo á ir, contra mi voluntad, á la tragedia... cómica. ¿Comprendes...?

Aquello era muy viejo, muy antiguo, y ya ni casi hablaban los comentaristas, atraídos por otras novedades.

—Tú me comprendes, ¿verdad...?—prosiguió Ceballos, obstinándose en buscar la aquiescencia de Enrique—. Yo no quiero ir á los tribunales, porque eso le daría á ella la libertad que apeetece, después de atraerme un escándalo mayor: no puedo desafiarle, porque en mi vida he cogido un arma en las manos, y él es un espadachín, y el desafío resultaría una bufonada... ¿comprendes...? No puedo sorprenderles y ahogarles, porque no tengo fuerzas físicas, y del primer empujón tiraría conmigo... ¿Qué hago...? Aconséjame... ¡te lo ruego!

Enrique, que no encontraba solución para aquel conflicto casero, y que seguía sin interesarse más que á medias en las malandanzas de su interlocutor, hizo un gesto vago, de esos que

lo mismo significan una profunda lástima que una indiferencia cortés, y apoltronóse en la butaca, dispuesto á oír el final... pensando en sus propios asuntos.

Ceballos, que no necesitaba que le contestaran, bastándole aquel síntoma de atención para seguir el hilo de sus desventuras, internóse veloz por la senda oscura de sus pensamientos.

—¿Y por qué ha de venir á mí este castigo...? No me refiero á la traición, que esa es de humanos y yo soy uno de tantos, si no al efecto que á mí me produce. ¿Doliéndome, porque no tengo medio de curarme...? ¿Ofendiéndome, porque no tengo medios de venganza...? ¿Importándome, porque no acierto á defenderme...?

Y descompuesto, y nervioso y amenazador, no acertaba ya más que á repetir, con monótona desesperación:

—¿Por qué...? ¿por qué...? ¿por qué...? ¿No comprendes tú que es una injusticia enorme...? Si yo tengo el alma templada para sentir las infamias, y el impulso capaz para castigarlas, ¿por qué no tengo el cuerpo y las fuerzas de mi cuerpo en armonía con esos latidos de mi alma...? ¿Por qué esa desproporción irritante é injusta, entre mi envoltura y mi espíritu...? ¿Por qué he de expresar en ridículo lo que siento en sublime...? ¿Por qué, por qué...?

Y como si el brazo del sillón fuese yunque, y él fuese martillo de sus propias ideas, repetía inconscientemente, dando golpazos:

—¿Por qué...?, ¿por qué...?, ¿por qué?

Y deteniéndose de pronto en el golpear frenético, como si hubiera resuelto ya el temple de aquel forjado, dejóse caer en el sillón, aplanado y dolorido. Enrique se le quedó mirando. Des-

pués, se echó á reír. El apreciable y desdichado bock miróle á su vez, profundamente herido en su amor propio ante aquella risa extemporánea.

—Te burlas, ¿eh...?

—No.

—¿Me encuentras ridículo...?

—Tampoco.

—Y entonces, ¿de qué te ríes?

—De lo tardo que eres para adivinar lo más sencillo.

Ceballos se figuró que lo más sencillo podría ser su engaño y su traición é hizo una mueca de resignado.

—¡No; no!—se apresuró á replicar Enrique, comprendiendo el error de interpretación—. No me refiero al hecho, á la situación de tu casa, sino á tu situación personal, clara y fácil.

—Clara, sí...

—¡Jura obedecerme si te revelo el secreto!

—¿El secreto de qué...?—gimió el pobre Ceballos—. ¡Si lo sabe todo el mundo, incluso yo...!

—Fíjate en que no quiero hablarte ni referirme para nada á lo ocurrido entre tu mujer y el húsar. Es húsar, ¿verdad?

—De la Princesa, sí...

—El uniforme es bonito.

Ceballos volvió á gemir. Por lo visto no le agradaba aquel uniforme...

—Quiero explicarte únicamente—continuó Enrique impasible—tu situación, la tuya.

—No te esfuerces en eso: la sé... ¡y es bien deplorable!

—No.

—¿No...?

—Porque tampoco hablo de tu persona.

—¿Pues de qué...?

—De tu alma. De esa desproporción á que tú aludías antes y que explica de sobra el conflicto en que te encuentras.

—Dilo á ver.

—Tú no tienes alma, Ceballos.

—Ya lo sé también. ¡Si la tuviera, le rompería la suya al húsar!

—No lo afirmo en ese sentido. ¿Juras obedecerme?

—Bueno. ¡Te lo juro!

—Pues oye. Las personas se componen de dos elementos: cuerpo y alma.

—Lo sabía...

—Tú no tienes alma, Ceballos. ¿Comprendes ahora...?

—Menos que antes.

—O mejor dicho, sí la tienes, pero es la de otro, no es la tuya, y eso te dará la clave de la mortificante desproporción que tú mismo notas, aunque sin razonarla.

Ceballos se levantó como pudo, y pudo malamente, pues el espanto se añadía á su torpeza física y le dificultaba los movimientos.

—¿Cómo dices, Enrique...?

—Como lo oyes.

—¿Que estoy loco...?

—No. Sencillamente que tu alma no te pertenece, aunque por el momento ó quizá desde hace mucho tiempo la poseas y te guíes por ella. A mí me pasa igual. Yo tengo el alma de mi abuelo Enrique.

Ante aquella igualdad, que no le garantizaba el buen estado de razón de Enrique, Ceballos empezó á sudar de angustia y de miedo.

—Puede que lleves razón y que sea eso... Yo

no tengo mi alma... y entonces el húsar... et-cétera.

—Eso es. Si tuvieras el espíritu que corresponde á tu cuerpo no podrían ocurrirsete ideas sublimes ni de exterminio. ¿Las tienes...? Luego evidentemente hay trastorno y falta de equilibrio entre los dos componentes de tu naturaleza. ¿Está esto claro...?

—Sí, sí...

—¿Ahora querrás saber de quién es el alma que está en tu cuerpo...? Pues lo averiguaremos, no te apures.

Pero Ceballos se apuraba y todas sus averiguaciones se encaminaban á buscar la puerta é irse acercando á ella discretamente. Como término de transacción, ocurriósele un recurso feliz y se apresuró á indicarlo.

—Estamos conformes, ¿no es verdad...? Pues te ruego que pienses en mi asunto y yo volveré otro día. Adiós.

V

El criado le entregó una carta y dijo:

—Aguardan respuesta.

«No olvidés que hoy te espero á comer para inaugurar la nueva casa. Tuya, M. —Velázquez, 170.»

—Diga usted que está muy bien.

Rebuscando en el arca santa de los recuerdos, en el cajón de los olvidos, no precisaba concretamente á quién correspondía la inicial; pero eso, después de todo, era un detalle... Cuando la viera, completaría las demás letras. Acicalóse, poniendo mayor y más complicada atención en el atildado vestir de su persona, y detenién-

dose en perfiles y en retoques más tiempo del acostumbrado en idéntica faena: encendió luego un cigarro, que debía ser aromático veguero, á juzgar por la complicada y vistosa anilla, pero que no lo era juzgando por el olor, y con la cachaza de todo el que va á donde sabe que le esperan, encaminóse á casa de aquella mujer que firmaba las misivas con una discreta inicial...

Cuando llegó Enrique al número indicado, perplejo ante la dificultad del piso y del cuarto, quiso arrancarse preguntando por la inquilina nueva, pero hizo el diablo que en los mismos días hubiera dos mudanzas.

—¿A qué cuarto va el señor...?—insistía el portero.

A falta de nombre, Enrique echó mano al bolsillo y entregó un duro al portero. Y el portero, dando al botón del ascensor, le dió el nombre al mismo tiempo.

—A la señorita Matilde... Segundo derecha.

Aunque no procedan de Universidad ni hayan cursado filosofía en las aulas, los porteros saben siempre por qué razón va aparejada la propina y el inquilino. Generalmente es una razón de inmoralidad... y cada vez que reciben una propina la aplican ya resueltamente á quien vive sola y es guapa, esperando, en lo porvenir, una confirmación exacta de sus nobles sospechas, que la inquilina suele apresurarse á justificar...

Una criadita, menuda y pizpireta, aguardaba ya á la puerta: las luces, encendidas, demostraban que la visita era esperada también; y Enrique, dejando al pasar su abrigo y su sombrero en el recibimiento, fué introducido ante la gentil presencia de Matilde.

De pie, en el centro de la habitación, estaba Matilde.

A la sonrisa del hada, sonrió el visitante.

—Matilde...

—Bien venido, Enrique. Temía que no recordaras tu promesa y me permití enviarte dos renglones.

—No era preciso.

—¿Te acordabas?

—Sí.

Mentía. Ni aun contemplándola, ni aun teniéndola ante sus ojos, era capaz de reconstruir los lazos que pudieran ligarle con aquella adorable mujer. ¿Qué era Matilde para él...? ¿Una simple amistad de esas volanderas...? ¿Un capricho...? ¿Una pasión...? No acertaba á descifrarlo, pero los términos del problema se presentaban tan encantadores, que no se le ocurrió vacilar en aceptarlos.

—Como tienes costumbre de comer tan tarde, he dispuesto que nos sirvan á las diez. ¿Te parece...?

—Perfectamente.

—Tenemos una hora de charla. ¿No te aburrirás...?

Matilde fué la primera en sentarse. Enrique la imitó, y un instante los dos quedaron silenciosos.

Ella rompió el silencio.

—¿No me preguntas por nadie...?

Enrique no sabía por quién preguntar y optó por volver á sonreírse.

—¿No te interesa ninguna de mis amigas...?

—Ninguna. Sólo tú.

—¿Por qué vienes tan poco entonces?

Tampoco él sabía por qué ni se daba cuenta de haber estado jamás á verla, y como disculpa

infalible y que siempre da el mismo buen resultado, decidióse á exagerar.

—No vengo más, porque me causas miedo. Me gustas demasiado y presiento que un día no sabré desligarme de ti...

—¿Y eso te enojaría...?

—A ti.

—No.

Hubo tal sinceridad y tal firmeza en el acento, que Enrique sintió pasar por las venas un temblor de sangre bullidora y atropellada.

—¿A dónde iríamos, Matilde, dejándonos llevar...?

—A donde tú quisieras.

—¿Y después?

—Después..., no sé. Verdad que no he sabido nunca lo que significa eso, ni he pensado jamás en lo que está distante.

—Y si yo me decidiera á quererte... á quererte, ¿comprendes...? ¿me querrías tú...?

—Sí.

Y otra vez volvió la voz á sonar firme.

—No puede ser, Matilde.

—Por eso no te lo digo yo nunca. Eras tú quien lo decía ahora; perdona que te haya contestado.

Enrique sintió el latigazo, como antes sintiera la ilusión, y molesto consigo mismo por la torpeza, y más aún por llevar la conversación á terreno tan quebradizo, levantóse airado y empezó á pasearse de un extremo á otro de la diminuta sala; pero se cansó pronto de aquellas vueltas cortas, que le mareaban, y de nuevo ocupó su sitio.

Ella, en tanto, inmóvil de busto, parecía hondamente preocupada en subir y bajar el borde

del vestido que mostraba y escondía alternativamente el diminuto pie.

Viendo que él callaba, ella le dijo:

—¿Quieres que cambiemos de conversación...? Continúa siendo uno de mis buenos amigos y nada más.

—¿Uno...?

Y Enrique quiso poner desdén en la pregunta.

Matilde le miró fijamente, y cuando él bajó los ojos, le replicó sin alzar el tono casi:

—El que no se atreve á ser todo, no puede quejarse por ser uno.

—¡Si quiere!

—Si no quiere, menos queja tendrá aún.

Enrique volvió á percibir la atmósfera de torpeza que sus propias palabras iban formando entre ellos, y al mismo tiempo no se atrevía á encauzar el tema, encontrando absurdo que así, de pronto, le llegara tan á lo íntimo las frases de una desconocida.

Matilde debió alcanzar con presteza el sendero que seguían los pensamientos de Enrique, porque se levantó y fué á él, acercando una silla á la suya.

A media voz, murmurándolo, le preguntó:

—¿A qué te devanas la imaginación tras de fantasías...? ¿Me quieres un poco...?, ¡pues ya es mucho!, no busques más para mí...

¿Era una disculpa que le daba...? ¿Era un reproche...? No supo distinguirlo; pero allí estaban, muy cerca, rozándole, las doradas hebras del soberano pelo y el perfume tentador de la sutil verbena...

Y sintió la pasión. No el deseo, la brutalidad de poseer, sino el ansia enamorada del hombre que quiere amar y quiere amor. Pasó

el brazo por la cintura de Matilde, atrayéndola...

—No me atrevo, Matilde... ¡tendría celos!

—¿De quién?

—De lo pasado.

—Ese no es tuyo, ni siquiera es mío. Si verdaderamente piensas en mí para lo futuro, deja en paz lo pasado, que yo no te lo ofrezco ni tú serás bastante para recogerlo.

—¿Has querido á alguien, Matilde?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo he querido. No sé más razón.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Qué te importa?

—Dímelo.

—Luis.

—¿Luis... qué...?

—Cualquier apellido.

—¡Dilo!

—¡No!

—¿Cómo era..., rubio..., moreno..., alto...?

A un tiempo amando y odiando, Enrique se acercó á Matilde. En los temblorosos labios, que exangües se quedaran, palpataba la cólera; en los ojos, brilladores de amenazas, surgía brutal la venganza; en el cuerpo todo, convulso, despertárase la fiera, de que llegó la civilización á formar un hombre, y en los momentos trágicos vuelve gustosa á su condición de fiera.

La sacudió bruscamente.

—¿Piensas en Luis...?

—Tú lo has logrado...

—¿Y si yo te mandase que lo olvidaras...?

—Olvidado estaba antes...

—¿Y ahora?

—A pesar mío, no. Tu culpa es, Enrique...
Y la voz que sumisa fuera, tornóse agresiva y dura y rencorosa.

—¡Tú lo has logrado, Enrique...!—repitióle Matilde—y por tu falta hay este fantasma entre los dos, cuando debiéramos hallarnos solos y en buena armonía.

Y la voz se alzaba rencorosa, con más hondo rencor todavía; y alzábase el pecho, en violento respirar; y las venas de las sienes, ahora pronunciadas y visibles sobre el cutis terso, alzábanse también, al circular la sangre en más rápida carrera.

—¡Tuya es la culpa, Enrique! Y ya que has pretendido saberlo, sábelo; ya que te agrada oírlo, oyélo.

La voz de Matilde, amplia y sonora, vibró en la reducida sala, como nota de órgano que suena grave y se prolonga quejumbrosa.

—No te hablo de lo pasado, Enrique, si no de lo presente.

—¿Le quieres aún...?

Y para preguntarlo se le inyectaron los ojos.

—No, yo no le quiero. Es él que me quiere siempre.

—El primer amor, ¿no es eso...?

Y puso ironía en la palabra.

—El primer amor, sí—contestó ella bravamente—. El primer amor, pero no el primer amante.

Y como si fuera un zarpazo, deshizo, con la respuesta acre y punzadora, todo el castillo de las suposiciones candorosas que Enrique se propuso levantar.

—¡Nos quisimos mucho, mucho...; pero él me quiso más!, y cuando llegó para mí la hora del cansancio, de las conveniencias que me obliga-

ban cuerdamente á separarnos, él seguía que-riéndome. Me impuse... ¡y cada cual por su camino!

Y mi camino seguí; pero él seguía el mío. Cada vez que nos encontrábamos, al cruzarnos, me saludaba, é invariablemente me decía: «¡te quiero, Matilde...!»

Y durante dos años no me dijo más palabras: «¡te quiero, Matilde...»

Un día me detuvo un momento: «¡marcho á olvidarte, que aquí no puedo. Te quiero, Matilde».

Y desde lejos, por tierras y tierras que anduvo como alma errante, me enviaba periódicamente una carta con las mismas eternas palabras. «Te quiero, Matilde.» Y debajo las señas del lugar por donde andaba. ¡Ni una queja, ni un ruego... nada más que las eternas palabras!

Un día dejó de llegar su carta; quince días después recibí otra, firmada por no sé quién... «Señora: por encargo de un hombre que ha muerto, le envío á usted esa carta... Y la carta decía: «¡Muero...!, perdona que no haya dejado de quererte. Luis.»

Aquellos renglones, en que se adivinaba fácilmente el pulso febril y la mano insegura, tampoco traían una protesta, ni una ira, ni una desesperación. ¡Aun pedían perdón...!

Y cada año, al cumplirse la fecha y la hora del día en que recibí esa última carta, dormida ó despierta, alegre ó triste, enferma ó sana, á solas ó con gente, siento como una voz que me dice: «muero...: Perdona que no haya dejado de quererte...»

Y nublados los azules ojos, llevé á ellos el encaje que le servía de pañuelo, para ocultarlos y

que no desmintieran la sonrisa que procuraba dibujar como protesta de aquella historia inoportuna.

—No es más que un recuerdo ya...

Y lo dijo y quedóse muda.

—¡No es un recuerdo, no!—le respondió Enrique, gozándose en atribular á la pobre mujer—. No es un recuerdo; es una traición. ¡No pudo hacerse amar mientras vivía y muerto acertó a traer su espíritu al tuyo y á cobijarse en él, agazapado, esperando la fecha en que turbará tu ánimo, como ladrón que aguarda la noche para robar!

—Enrique, por caridad, no seas cruel con una memoria...

Enrique tuvo una mueca para responder. Ya sabía él bien lo que se decía. Aquello que Matilde atribuía á recuerdos, era la demostración de la presencia del alma de Luis en el alma de Matilde. Otro caso idéntico al suyo.

El mundo está lleno de esas intrusiones: antes no las veía porque no lo sospechaba. Ahora, aleccionado por su propio ejemplo, no le engañaban...

Recuerdos de otros seres, alucinaciones, memorias que vuelven sin que la voluntad las desee, no son memorias, ni alucinaciones, ni recuerdos, no; son almas traicioneras, son intrusos que usurpan el puesto, son enemigos que debemos exterminar. ¡Bien lo sabía él!

Mientras Enrique pensaba en ello y en lo que á ello le condujera más velozmente, Matilde, inquieta y azorada por la expresión hostil que el semblante de Enrique había adquirido en el rumbo complicado de sus ideas vengativas, quiso distraerle, y se esforzó en comenzar nueva con-

versación, apartándose ya de su anterior diálogo. Pero él, amarrado á su cavilación, como esclavo al remo, volvió á reanudarla persistente:

—Yo te querré, Matilde, si echas de ti esa alma: si perdura en ti, estaré celoso.

—¿Sabes tú la manera de alejar un recuerdo, de impedir que entre en el espíritu...? ¡Yo no! A despecho mío, acude... No es más que en un día, en una hora fija, pero esa hora de ese día es suya.

—¡Es que yo te aborreceré toda la vida nada más que por esa hora de ese día!

—Déjame entonces.

—No.

—¿Prefieres que mienta y te diga que se olvidó...?

—Tampoco. Lo conoceré...

—Pues déjame, no hay otra solución, que mucho temo que esa imagen no me abandone sino cuando muera yo.

Y ella misma, aunque no muy convencida de tanto extremo, se estremeció de angustia al ligar eternamente el fin suyo con el final de aquel episodio.

VI

Enrique se acercó á Matilde. Y Matilde, cediéndole sitio en el amplio diván, cogióle una mano y le dijo:

—Qué bobos hemos sido... ¿verdad, Enrique...? ¡Pudiendo hablar de nosotros mismos, perder tantos minutos en perseguir fantasmas...!

—Bien dices, Matilde. Pero confía en mí; el fantasma no volverá, que yo lo alejaré de nosotros.

Era una promesa de amor. ¿Quién, sino el amor de uno, hace olvidar y aleja y ahuyenta el amor de otro...?

—Te querré mucho, Enrique...

—Yo te quiero ya...

—Y seremos dichosos, sin que jamás tengas motivo de arrepentirte.

Y los dorados cabellos, y el sutil perfume de verbena, y el mármoleo busto, embriagaron á Enrique. Y Enrique la besó en los azules ojos, porque tenía ilusión; la oprimió contra su pecho porque tenía ansia; y no supo decirle palabra, porque tenía odio...

Y como ella correspondiera á la amorosa presión, abandonándose á las caricias, que es como ceden las mujeres cuando el hombre no le es indiferente—pues siéndolo, ellas mismas inician y secundan la batalla para terminar antes...—Enrique sintió el vértigo de la carne...

—Tengo ansia de ti...—la decía.

Y con la dulzura, y la calma, y la seguridad del que se cree dueño, aunque sea momentáneo, complaciase en dilatar la posesión para acrecer el encanto, saboreando conmovido el tenue rumor de aquellas palabras, que lo expresaban todo sin mancillar ningún alarmado pudor.

—¡Tengo ansia de ti, Matilde...!

Entonces, con el fino brincar del tigre, lanzóse sobre ella, que cedió esperanzada ante el merecido ataque, y ciñendo las dos manos al ebúrneo cuello, con la rodilla hincada en los palpitantes pechos para dominar el cuerpo, y un pie en el suelo para aumentar el ímpetu, Enrique empezó á oprimirla, á apretar el cuello, y lentamente, estudiadamente, apretaba, apretaba...

—¡Abre los ojos! ¡abre los ojos!

Y como ella no obedeciese pronto, volvió á gritar desesperado:

—¡Abre los ojos, que te mato!

Y los azules ojos se abrieron, y la sorpresa y el espanto volvió á retratarse en ellos...

Enrique seguía apretando el amoratado cuello, y lívido él mismo rugía:

—¡Sal, alma traidora, sal del alma de Matilde...!

Y como el alma no salía, apretaba más para obligarla.

—Huye pronto, huye, deja esa alma en paz...

¡Vete, alma condenada de Luis, vete, vete, vetel

Y para forzarla á salir, apretó más aún el cuello de Matilde, ¡y apretó más todavía, y más y más!

Por los ojos de Matilde pasó como una sombra, como una nube, y Enrique, radiante de júbilo, viendo ya otra vez los ojos tranquilos y serenos, abrió las manos, apartóse de ella, y saltando de inmensa alegría gritaba:

—¡Ya huyó la traidora, ya eres libre! ¡Hosanna, Matilde!

En el diván, el arrogante busto continuaba tendido; el dorado pelo reflejaba sus cambiantes de oro; la sutil verbena perfumaba el ambiente y los claveles rojos, en venganza de haber sido arrojados al suelo, salpicaron la alfombra con gotas de agua que irradiaban destellos de luz como si fueran brillantes ó lágrimas.

Y los azules ojos miraban sin ver...

Y Enrique, cuando las flores cayeron todas de sus manos, salió corriendo para contarles á la luna, y á las estrellas, y á las innúmeras almas que flotan por el espacio, la victoria de un alma sobre otra alma, y el triunfo del amor sobre un recuerdo...

VII

Como este mundo está muy mal dispuesto, es difícil contarle algo secreto á la luna y á las estrellas y á las almas que vuelan por los cielos... Escucharon á Enrique su cántico de triunfo, é interpretándolo mal, detuvieron al triunfador, apenas salido de la casa de Matilde.

La criada alborotaba ya á la vecindad con sus alaridos, y allá fuése la gente á figonear, presintiendo un crimen pasional, emocionante, con detalles íntimos...

Pero el doctor, avisado por teléfono, llegó inmediatamente para destruir tan hermosa fantasía.

—¿Un crimen...? ¡No! Aquello no era un crimen. El certificaría la locura de Enrique del Alamo.

Precisamente se trataba de un caso muy bonito y muy curioso, que él certificaría con mucho gusto, ya lo creo.

Y se puso á explicarles á los policías y al comisario, y á su colega, el médico forense, cómo se desarrollaba la demencia paranoica...

Mientras, Enrique se lamentaba de aquella injusticia que con él cometían, deteniéndole arbitrariamente, cuando acababa de libertar á Matilde de una alma traicionera...

Y mientras, los azules ojos, cubiertos por una sábana, aguardaban inmóviles la sábana de tierra con que para siempre se velarían...



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Manuel Linares Rivas.	9
Mientras suena la gaita...	17
Un fiel amador.	25
Querer y no querer.	77
Enrique y el alma de Enrique.	127